

SAGGIO

Amar el poder o las imágenes de la ignorancia

JORGE EDUARDO DOUGLAS PRICE

*Universidad Nacional del Comahue***Abstract**

El derecho es el arte de la palabra tranquilizadora que hace amar el poder, decía Pierre Legendre en una recordada obra y las imágenes creadas en la Pandemia, por los Mefistófeles mediáticos, emparentan la figura de los circunstanciales mandamases con la de Florence Nightingale, llevando su lámpara, indicando silencio, pasividad, aceptación. Los debates sobre las medidas de excepción, en la emergencia, ocultan lo que está antes (y estará después), lo que funge como su 'condición de posibilidad': el estado de no-derecho en el que se desenvuelven las instancias del gobierno de facto del mundo, autocolocadas en el no-lugar del soberano, de aquel que puede 'declarar la excepción', como antes de Westfalia, como quería Schmitt en 1933. En un medio no sospechado de abonar teorías conspirativas, como el New York Times, Zeynep Tufekci puso de manifiesto lo que ya conocíamos sobre los 'riesgos de prevenir los riesgos' y la impotencia de la Organización Mundial de la Salud. Nadie niega, decía Luhmann, que la investigación científica corre riesgos y produce peligros y ahora se 'ven' los riesgos de la 'investigación de ganancia de función', riesgos que están 'fuera de control', como la pandemia ha demostrado. El discurso de los derechos universales, en tanto se omite el dato de que no hay instituciones que los garanticen, que no hay derecho cuando no hay jurisdicción, sólo sirve para tranquilizar y hacer amar a un poder que, estructurado como está, fraccionado como está, sólo garantiza que las organizaciones que sí se han globalizado, sigan actuando como el imperio y la iglesia medieval.

Palabras clave: Derecho; Emergencia; Estado de excepción; Ganancia de función; Globalización; Riesgo.

English version

Law is the art of the reassuring word that makes power love, said Pierre Legendre, in a remembered work, and the images created in the Pandemic, by the media Mephistopheles, show the figure of the circumstantial bosses, like Florence Nightingale's, carrying her lamp, indicating silence, passivity, acceptance. The debates on the measures of exception, in the emergency, hide what is before (and will be after), what serves as its 'condition of possibility': the state of non-law in which the instances of the de facto government of the world develop, self-placed in the non-place of the sovereign, of the one who can 'declare the exception', as before Westphalia, as Schmitt wanted in 1933. In a medium not suspected of sustain conspiracy theories, such as the New York Times, Zeynep Tufekci revealed what we already knew about the 'risks of preventing risks' and the impotence of the World Health Organization. No one denies, Luhmann said, that scientific research takes risks and produces dangers and now the risks of 'gain of function research' are 'seen', risks that are 'out of control', as the pandemic has shown. The discourse of universal rights, while the fact that there are no institutions that guarantee them, that there is no right when there is no jurisdiction, only serves to reassure and make love a power that, structured as it is, fractionated as it is, only guarantees that the organizations that have been globalized, continue to act like the empire and the medieval church.

Keywords: Law; Emergency; State of exception; Gain of function; Globalization; Risk.

Amar el poder. O de como el temor nos hace ‘amorosos’

Dice Pierre Legendre que su libro trata «...del Poder y de sus entornos culturales, en un cierto lugar de la historia» (Legendre, 1979, p. 5); ese lugar de la historia es Occidente, ‘eso’ que llamamos Occidente, una categoría a la que quizás empiece a quedarle poco tiempo, aunque aún se cuente en siglos.

Afirma que trata de observar cómo se propaga la sumisión, transformada en deseo de sumisión, cuando la gran obra del Poder (así con mayúscula) consiste en ‘hacerse amar’, que ese prodigio se basa en una ciencia que pone, construye, las bases de ese amor y disfraza con el texto el juego de la domesticación.

En esa operación el derecho, el derecho romano y el canónico, han construido una ciencia del poder, compleja, cada vez más refinada a partir de los conocimientos que las ciencias de la conducta (aún con todas sus torpezas y simplificaciones) han permitido develar:

Desde los teólogos-legistas de la antigüedad a los manipuladores de las propagandas publicitarias, se ha perfeccionado un único y mismo instrumental dogmático, para captar a los sujetos por el medio infalible que aquí se plantea: la creencia de amor (*ibid.*).

La idea de Legendre se puede resumir, en su enorme complejidad, en estas líneas: intentamos observar el juego contemporáneo de las técnicas más antiguas en el orden del poder, aquellas del *hacer creer*. Sin esa técnica, afirma, no hay institución, es decir, no hay orden, tampoco puede haber subversión. El derecho es, desde tal perspectiva (y comparto), la más antigua de esas técnicas, aquella que utiliza para regir, es decir: dominar y hacer obedecer.

Y “Comprender como actúa una manipulación tan radical de los símbolos sexuales, a partir de semejante saber arcaico, debería ayudar – al menos así lo espero – a representar más claramente los juegos contemporáneos del dogmatismo en la institución a la que nos referimos.” (Legendre, 1979, p. 6). Símbolos que en la contemporaneidad se exhiben sin demasiado pudor, en la misma medida que el discurso erótico se ha hecho expreso en un modo que no lo era cuando Legendre escribía su ensayo. Las maquinarias de la propaganda, hoy *algoritmizadas*, nos devuelven espejados nuestros deseos en ‘noticias’ fabricadas en los múltiples dispositivos de comunicación. Hoy el Gran Hermano se ha ‘personalizado’ a través

de los algoritmos, transformándose en uno que nos atiende en cada deseo, para sujetarnos a partir de nuestro propio amor.

Y esa operación se cumple, ante todo a través de la ‘promesa’ de derechos que nos ‘instituyen’ como ‘sujetos’, y no hay palabra más expresiva de su función, desde que nos ‘sujetan’ a un rol, a una máscara, nos imponen un ‘adiestramiento’, que, como en los experimentos conductistas más severos y repudiables, es lograda mediante la persecución de los ‘divergentes’, los ‘anormales’, como diría Foucault.

En esa ciencia del poder, el ‘texto’ jugó y juega un rol fundamental, en él se devela y oculta al mismo tiempo el ‘secreto’, como ya lo sabían los maestros de la cábala (Borges, cuando no, le dedicó un poema imprescindible¹).

Se trata, dirá Legendre, de recuperar las técnicas de los glosadores, pero para reparar en los silencios, en captar los sentidos y contrasentidos; y prevenir, con el ejemplo del propio texto de Freud, como la técnica de la censura, del *index*, tiene ‘doble faz’, de una parte de la censura, de la otra la sacralización, así pasó con Freud y sus censores y sus pontífices:

Freud, como Galileo, después del descenso infernal, fue erigido en el signo fasto, para fundar de nuevo ese viejo dogmatismo occidental que sabe ordenar la Verdad fulminando el Error y pasar, cuando es necesario, del fantasma barroco a la alusión surrealista... (*ivi*, p. 18).

Pero Freud comete un crimen imperdonable, el más alto de todos cuantos fueron concebidos: el de *lesa majestad*, atenta contra el sistema allí donde tiene su clave de toque: la ciencia dogmática, que se inaugura en Occidente con la obra de Justiniano, mediante la cual se comienza a entender cómo se domestica a quien por obra de esa domesticación deviene ‘súbdito’.

La aguda tesis de Legendre afirma que la operación de la revolución francesa consistió en un simulacro: hizo laico el poder, y allí donde estaba el rey, colocó a la ley, invisibilizando a un soberano, que – sin embargo – como aquél, como el Pontífice, lo es porque *omnia scrinia habet in pectore suo*² y, no menos que aquél, nos somete porque nos ama.

¹ Me refiero a El Golem (Borges, 2007).

² Tiene todas las respuestas en su pecho.

Y esa operación se vuelve posible mediante las operaciones con las cuales las relaciones eróticas entre aparatos psíquicos se vuelven posibles a través de instituciones, que en buena medida están diseñadas, mediadas (esto es administradas) y reconstruidas perpetuamente, por los mecanismos del derecho.

Básicamente esa técnica diseñada en la Roma republicana es la jurisprudencia, pero no se limita a ella porque, como se sabe, el derecho como sistema, está destinado a ocupar el lugar del Pontífice, como podría observarse en la astuta operación de los sacerdotes romanos al ‘apoderarse’ de la interpretación de la Ley de las XII Tablas, mediante la cual los representantes de lo sagrado se hacen cargos de los instrumentos del poder, y por su cuenta lo refuerzan, con el mismo prestigio de lo sagrado, produciendo un material que no extrañamente será llamado luego en Occidente ‘dogmática’, es decir desde su propia ‘autodesignación’ ya enuncia lo que es: lo indisputable, o, como afirmara Luhmann, el reducir las opciones disponibles.

Pero que nadie se equivoque, la dogmática no pretende sólo saber derecho, lo sabe todo, nuevamente, como los del Pontífice (pueden poner allí si quieren al Papa de Roma, pero también al Secretario General del Partido Comunista Chino), los Comentarios del Code, no serán muy diferentes a la Guía de Perplejos (o de los Extraviados) de Maimónides, porque «...el dogmatismo ha marcado sus cartas en todos lados, designado los lugares del amaestramiento o de la recuperación, descrito el desviado camino para toda verdad (*trames veritatis*)» (*ivi*, p. 21).

En su vigencia contemporánea, hay que recordar que ese ‘pasaje’ de la institución religiosa del poder a su versión laica, ha sido disfrazada, cuantas veces sea necesario, de ‘cientificidad’, así la política del asilo, la de la ‘anormalidad’ y la de la policía administrativa ‘cotidiana’ (como se ha visto hasta el hartazgo en la pandemia), comenzaron por el panóptico benthamita, se prolongaron en el ‘gulag’ (a uno y otro lado de la ‘cortina de hierro’) y se ‘resetean’ en el siglo XXI a través de la maquinaria *fake*, que personaliza la subyugación a través de algoritmos, diseñando ‘aplicaciones’ mediante la que los gobiernos invitan a sus ciudadanos a ser monitoreados (tal el caso, por ejemplo, de la ‘*self-quarantine safety protection*’ una aplicación para smartphones desarrollada por el Ministerio del Interior y Seguridad de Corea del Sur). La tecnología de ‘1984’ ya no comporta un exceso de

imaginación distópica, se trata del mismo principio de orden, millones de veces potenciado:

¿Qué representa esto para nosotros, herederos directos del discurso dogmático?... La respuesta está en la expansión de los sistemas burocratizadores, portadores del gran regalo de la Beneficencia, aptos para medir todo el conflicto como para recuperar la amenaza de un saber demasiado sobre el sujeto y su religión del poder (*ivi*, p. 23).

¿Cómo se enlaza, entonces, esta operación en la contemporaneidad? ¿Cómo es que el enlace entre discurso del amor del poder por nosotros (que amamos ese poder porque es justamente ‘por nosotros’ y porque a él nos arrastra nuestro inevitable narcisismo) se construye sobre un el discurso del riesgo, del temor y de un saber que oculta su ‘otro lado’, el del *no saber*?

Freud ha permitido observar el ‘como si’, la dramaturgia sobre la que se instala esa ‘institución’, una institución que instaura un poder que resuelve la dicotomía filosófica medieval sin mayores pudores: con un estado que es simétricamente omnisapiente y omnipotente, que tanto más ‘poder’ ejerce, cuanto más ‘sabe’ del individuo, que, por esa misma operación queda ‘sujeto’ amando el lazo que lo sujeta al amo, mediante la más delicada operación, la de hacer creer: «La creencia, he aquí para nosotros un término clave, a fin de convencer al lector que, en la institución social como en la neurosis, el *fetichizador no está lejos*. El trabajo del jurista (además de sus sucesores actualmente en la empresa dogmática) es exactamente «el arte de inventar las palabras tranquilizadoras, de indicar el objeto de amor en el que la política ubica el prestigio y de manipular las amenazas primordiales [...]» (*ivi*, p. 25).

El gran fetichizador de este tiempo, considerablemente más complejo, más ‘astuto’ en el sentido hegeliano del término, que aquél de los siglos de la Inquisición o del más cercano siglo XIX. En este sistema mundo el discurso de los derechos, valioso en sí mismo, es sin embargo utilizado por otros sistemas-mundo, el de la economía y el de la política, para ocultar que el entero sistema carece de rumbo, que solo garantiza el juego transitorio de jugadores avezados que usufructúan la posición dominante.

El estado perpetuo de emergencia

Para mantener ese ‘equilibrio’, la primera estrategia del sistema de la política ha quedado clara: se exalta el amor al poder a través del discurso del ‘cuidado’, que no es más que la continuidad de aquél que el Estado nación prometió desde su más tierno origen: la seguridad que nos aseguran la policía, la cárcel o el *code*. Por todas partes el discurso de los derechos promete sujetar el alea, la contingencia, cuando más la alienta; el efecto es ‘estratégico’, aún si no hay estrategia en absoluto, la fórmula es ‘más «súbditos» cuanto más «sacer», más súbditos cuanto más amados, en lo que podría coincidir con Agamben.

Debo admitir que me distancié a buena distancia de Agamben, a mucho más de ‘un metro y medio’, cuando él abominaba de las medidas de emergencia dictadas por el gobierno italiano en un principio para prevenir los contagios, eso apenas ‘casi un siglo’, el 11 de marzo de 2020, y recordaba la recompensa dispuesta en la “grida” de Milán, en 1576:

Essendo venuto a notizia del governatore che alcune persone con fioco zelo di carità e per mettere terrore e spavento al popolo ed agli abitatori di questa città di Milano, e per eccitarli a qualche tumulto, vanno unghendo con onti, che dicono pestiferi e contagiosi, le porte e i catenacci delle case e le cantonate delle contrade di detta città e altri luoghi dello Stato, sotto pretesto di portare la peste al privato ed al pubblico, dal che risultano molti inconvenienti, e non poca alterazione tra le genti, maggiormente a quei che facilmente si persuadono a credere tali cose, si fa intendere per parte sua a ciascuna persona di qual si voglia qualità, stato, grado e condizione, che nel termine di quaranta giorni metterà in chiaro la persona o persone ch'hanno favorito, aiutato, o saputo di tale insolenza, se gli daranno cinquecento scuti... (Agamben, 2020a).

Hechas las debidas diferencias, las disposiciones recientes (tomadas por el gobierno con decretos que nos gustaría esperar, pero es una ilusión, que no serán confirmadas por el parlamento a tiempo, mediante leyes) en realidad transforman a cada individuo en un posible untador, exactamente como las que se refieren al terrorismo que consideran de hecho, y por ley, que cada ciudadano es un posible terrorista. La analogía es tan clara que el posible untador que no cumple con las prescripciones es castigado con prisión. Particularmente invisible es la figura del portador sano o temprano, que infecta a una multiplicidad de individuos sin poder defenderse de él, como uno podría defenderse del untador’ (Agamben, 2020b), a lo que agregaba que aún peor que la pérdida de las libertades, lo constituiría la degeneración de las relaciones que entre los seres humanos estas medidas podrían

producir, preanunciando que estas medidas irían in crescendo y que nuestro prójimo cercano, por usar una expresión de Camus que no usa Agamben, resultaría abolido y, en un final apocalíptico anunciaba la distopía virtual de una conexión solo mediada por ordenadores, y poco después, en otro artículo, agregaba:

El miedo es un mal consejero, pero hace aparecer muchas cosas que se había fingido no ver. La prima cosa que rinde evidente la ola de pánico que ha paralizado el país es que nuestra sociedad no cree en nada sino en la nuda vida. Es evidente que los italianos están dispuestos a sacrificar prácticamente todo, las condiciones normales de vida, las relaciones sociales, el trabajo, incluso las amistades, los afectos y las convicciones religiosas y políticas ante el peligro de enfermarse. La nuda vida –y el miedo a perderla– no es algo que une a los hombres, sino que los ciega y separa. Los otros seres humanos, como en la peste descrita por Manzoni, se convierten en untadores que debemos evitar a cualquier precio y de los cuales debemos distanciarnos al menos un metro. Los muertos –nuestros muertos– no tienen derecho a un funeral y no está claro lo que ocurre con los cuerpos de las personas a las que queremos. Nuestro prójimo ha sido borrado y es curioso que las iglesias callen al respecto. ¿En qué se transforman las relaciones humanas en un país que se acostumbra a vivir de este modo, no se sabe por cuánto tiempo? Y ¿qué es una sociedad que no tiene otro valor que la supervivencia? (Agamben, 2020a).

Leyendo las páginas de un imaginario periódico editado muchos meses después, los temores de Agamben resultan al mismo tiempo exagerados y acertados, su pronóstico no aparece errado sino su diagnóstico en cuanto a lo que identifica como ‘etiología’ de la disfunción (y si erra en ello, también se erra en el diseño del remedio) no son estos decretos los que ‘producen’ este fenómeno, ellos son apenas epifenómenos de una sociedad caracterizada por su atomización, radicalmente hobbesiana ‘por otros medios’, en la que no se vislumbra una ‘terapia’.

Agamben agregaba que lo que la epidemia «hace aparecer con claridad es que el estado de excepción, al cual los gobiernos nos han acostumbrado desde hace tiempo, se ha efectivamente convertido en la condición normal» (Agamben 2020, traducción por el autor), que hubo en el pasado epidemias más graves, pero que no nos llevaron a acudir a estas medidas, reducidos a una condición puramente biológica, perdiendo no solo la dimensión social y política, sino también humana y

afectiva; que una sociedad que vive en un estado de emergencia permanente no puede ser una sociedad libre.

La descripción de Agamben es a un tiempo acertada en cuanto a la persistencia del estado de excepción, pero contradictoria como lo prueba la propia cita de Manzoni; un análisis más profundo de las reacciones frente a la ‘peste’, sólo probaría que son las ‘mismas’ aún si las ‘tecnologías’ varían. La pregunta, entonces, se transforma en: ¿quién ocupa el lugar del ‘untador’? o, como Legendre preguntaría, ¿quién ocupa el lugar del censor? El error, viejo error, consiste en hipostasiar al estado, y convertirlo en la causa (error análogo al de convertirlo, sin más, en la solución).

Vivimos en una sociedad que descarta la libertad por ‘motivos de seguridad’ permanentemente (terrorismo, pandemia, economía), condenándose, por lo mismo, a vivir en un estado permanente de miedo y de inseguridad y por ello no es extraño que emplee, constantemente, la fraseología de la guerra: «enemigo invisible», «toque de queda», ‘traidores’; los migrantes son los nuevos bárbaros para quienes se construyen muros en las fronteras, en tanto celebramos con Pink Floyd la caída del ‘muro’. Esta guerra es la más absurda de las guerras, dice Agamben y así como las otras guerras dejaron un reguero de nefastas tecnologías, desde alambre de púas hasta centrales nucleares; esta guerra continuará luego con el ‘dispositivo de la emergencia’, que consiste en transformar la comunicación presencial en una casi exclusivamente digital, cerrando – so pretexto del riesgo – los espacios públicos de ‘contacto’ humano.

Adelanto que, como sucede siempre con toda comunicación, hay aspectos de las afirmaciones de Agamben que comparto y otras en la que pienso yerra porque no estaría comprendiendo, desde mi perspectiva, lo que sucede con la sociedad contemporánea, o bien, simplemente permanece en la concepción vétero europea de la filosofía de la conciencia, esto es supone a la sociedad siempre como el producto de ‘acuerdos’ o ‘decisiones’ a partir de las cuales conciencias individuales ‘guían’ a la sociedad, concepción por la cual luego nos sorprendemos de que en la COP26, en Glasgow, no se hayan obtenido ‘avances’ para mitigar las consecuencias del ‘cambio climático’.

Si frente a esta concepción, que como la física de Newton, explica algunas cosas y no otras, proponemos una en que la sociedad se entiende como las comunicaciones que se producen por los aparatos psíquicos que los seres humanos somos, al interior de circuitos de comunicación especializados por funciones, a los que llamamos sistemas, y cuya dirección, si bien influenciable, es ‘ingobernable’, cuando menos en los términos que pudo pensarse en la política clásica desde Maquiavelo, y aún antes y hasta la actualidad, entonces, tal vez, se pueda comprender por qué se pueda decir, que el sistema mundo reclama un aumento de la complejidad significativo en su modelo de ‘orientación’, lo que implica rediscutir qué entendemos por democracia desde esta perspectiva y que sistema podría ser diseñado, construido, para ‘orientar’ el mundo que no gobernarlo; un sistema tal que permitiese repensar las formas de coexistencia de más de 7000 millones de personas, que provoca una casi incontrolable masa de interacciones que impactan sobre la sustentabilidad de la naturaleza y de la propia sociedad humana, tales como las epidemias del SARS, la del hambre, los desplazamientos y el cambio climático, demuestran más allá de todo debate diletante.

De una parte debemos señalar una obviedad frecuentemente ignorada: la sociedad vive en un solo momento, el presente, un momento que – en rigor – no existe, mientras el pasado ya fue, y el futuro aún ‘no es’; de la otra que todo sucede en la ‘intransparencia’ de ese momento, caracterizado por el ‘no saber’, por un no saber que es el resultado del hacer y decidir simultáneo del conjunto de los aparatos psíquicos, los que no pueden saber cuáles son las consecuencias de las decisiones que ahora se toman, bajo la cual, se diría, es imposible decidir, aún si, como es obvio, se decide; en suma se trata de un tiempo caracterizado por el no saber que no se sabe.

Una paradoja ya vivida en el siglo XX, es que la exaltación de la ‘libertad’ viene proclamada por los que buscan suspenderla, podríamos pensar en las relaciones entre Marinetti y el fascismo, así en este tiempo reciente, Donald Trump (o el ‘Tea Party’) o Jair Bolsonaro, solo por citar a dos ejemplos paradigmáticos. ¿Cómo conciliar esta denuncia de la emergencia de un nuevo panóptico, más refinado, más impenetrable, más cruel, más universal, que el que inventara Bentham, con el coincidente discurso de exaltación de la ‘libertad’ del presidente-

jefe del imperio que construye un muro para impedir el paso de migrantes, y el de otro que devasta la floresta amazónica, cercenando vidas de los pueblos originarios en forma directa, y de todo el mundo en forma indirecta?

La pandemia y alta tecnología. Investigación de ‘ganancia de función’ o el riesgo de ‘correr el riesgo’

Veamos de qué modo se podría ver este ‘efecto’ bajo las condiciones producida por la actual pandemia.

El desconcierto de las agencias del mundo, tanto de las nacionales como de las internacionales, de una y otra orientación ideológica, su prestarse ‘tecnologías’ de control de la pandemia, en medio del propio pánico son una muestra convincente de lo que propongo de base: simplemente no saben qué hacer, solo mantener vigente la erótica reclamación de amar al poder, la obscena escena de ‘líderes’ como Trump, Putin o Xi Jinping, prometiendo la generación de vacunas, en tanto la troupe de otros menos poderosos promete comprarlas, podría componer un cuadro del El Bosco.

A modo de ejemplo podríamos recordar cómo, en las primeras semanas de la pandemia, la OMS desaconsejaba la utilización de máscaras, un verdadero y tragicómico concurso de contradicciones. Pero, sin lugar a dudas, el centro de la escena lo ocupa la ‘política’ las marchas y contramarchas con las vacunas, el análisis de la etiología del virus, los controles antipropagación del mismo (nuevos cierres de fronteras incluidos), constituyen ‘el’ ejemplo de lo que intento proponer: vivimos en una sociedad de riesgo, y ello es una condición estructural de la sociedad moderna, su desarrollo no es el producto de ‘una’ decisión (o unas pocas), la modernidad no está ‘causada’ por Kant, Newton, Federico II o Napoleón, como la vieja Historia producida por la filosofía de la conciencia, proponía. Se trata de millones de ‘micro-decisiones’ que producen alteraciones de sentido, a partir de la cual la sociedad se ‘auto-organiza’, esto no fue diferente en las sociedades antiguas, lo diferente fue el cómo esos discursos las organizaron en derredor de distinciones aceptadas. Esta sociedad, la moderna, de la que estamos viviendo sus ‘primeras manifestaciones’, como dice Raffaele De Giorgi, está organizada en base a sistemas funcionales, que se autocrean y automodifican (recordando las ideas de genotipo y

fenotipo de Piaget), y se ‘autoirritan’ a partir de los mensajes que provienen de los otros sistemas (así típicamente los del derecho, la economía y la política).

Si se acepta observar así la sociedad, como compuesta por subsistemas que se ‘observan’, entonces tal vez se advierta el porqué de la incompreensión de su funcionamiento, el porqué del continuo reproche que emerge, al interior de cada sistema, acusándose recíprocamente de intentos de ‘colonización’ (como puede cotejarse en las disputas acerca de la politización de la justicia y la judicialización de la política).

Así entonces no puede comprenderse los cruces entre el sistema de la ciencia y el sistema de la economía como acontece en el campo de la ecología, o en el de la salud desde que comenzó la pandemia.

No se puede comprender, por ejemplo, que más se exalta la seguridad y más inseguridad aparece, los análisis realizados en torno a la etiología de la pandemia, que tal vez permitan adoptar medidas que prevengan nuevas pandemias, no parecen observar la paradoja de que esas medidas provocarían otros riesgos (lo que en forma alguna implica que considere que ‘nada se puede hacer’, antes bien todo lo contrario, es inevitable seguir ‘haciendo’ y seguir ‘decidiendo’. El punto que tratamos de advertir es que debiera realizarse teniendo presente la complejidad que representa esta ‘ceguera estructural’, por lo que la pregunta entonces se transforma en: ¿cómo?

Por ejemplo la pandemia en curso pudo o no ser una filtración de laboratorio, por deliberación o por negligencia; de una parte esto poco importa a los deudos de las más de 5 millones de personas fallecidas o a los cientos de millones que padecerán efectos colaterales en los años sucesivos (o los están padeciendo); de la otra esta discusión introduce subrepticamente un placebo: la causa de este horror está en una acción dolosa o culposa, si reprimimos las condiciones de una u otra, entonces podríamos volver a las condiciones de tranquilidad o certeza.

Lo cierto es que la filtración de laboratorio pudo haber existido, y pudo ser por negligencia o dolo; pero lo cierto es que operando en las condiciones en que opera cualquier investigación, la ‘filtración’ puede ocurrir, sea por acciones causales o casuales.

Hoy como nunca advertimos que componemos una *sociedad mundo*, pero no llegamos a comprender que la metáfora más adecuada es la de una gigantesca balsa que, desde los viajes de Marco Polo y Magallanes, está navegando a la deriva sin que existan intentos serios de comprender cómo se dan sus interacciones (tampoco las herramientas epistemológicas actuales parecen suficientes como para pensar estrategias de reequilibrio). Esta balsa está a merced de millones de acciones simultáneas de los propios pasajeros, sin timonel, sin brújula, sin conocimiento de las cartas marinas, navegando en rumbo de colisión.

La biopolítica recombinada con la tecno política, virus biológicos más virus informáticos conforman un par indescifrable, sea para políticos, científicos o filósofos; tampoco existe una super-instancia donde estas ‘ocurrencias’ pudieran ser ‘observadas’ y procesadas en alguna dirección.

Como afirma Raffaele De Giorgi, si «consideramos el hecho de que todo lo que sucede, sucede en el presente, podemos ver que en esta sociedad no pueden existir centros de control, autoridades que den garantías últimas, que proporcionen seguridad en la construcción de la realidad, que proporcionen certezas para el futuro». (De Giorgi, 2021, p.67)

Tomemos por ejemplo las denominadas *investigaciones de ganancia de función*, desarrolladas en algunas universidades norteamericanas, que habrían financiado experimentos de ese mismo tipo en el mismo Instituto de Wuhan, desde donde sería posible que el virus que desencadenó la actual pandemia se hubiese filtrado. Se podría imaginar una ‘conspiración’ como decíamos antes, sí (e insisto esto no significa que no haya conspiraciones y conspiradores, lo que pongo en tela de juicio es su capacidad para gobernar el entero proceso). Adopto, por ejercicio intelectual, suponer que la universidad norteamericana, que ‘vive’ de fondos de una Fundación, procura por motivos a un tiempo altruistas y utilitarios, obtener resultados exitosos en un campo de experimentación; por ese motivo ofrece fondos al instituto de virología de Wuhan que éste acepta y los emplea en investigar miles de casos de murciélagos en condiciones de ‘baja seguridad’, seguridad que también, paralelamente, fue ‘rebajada’ en los Estados Unidos por motivos de coste.

En una entrevista concedida a la MIT Technology Review, el Investigador Ralph Baric (Jacobsen, 2021^a), define a la investigación de ganancia de función,

como la introducción de una mutación que mejora la función o la propiedad de un gen, un proceso que se usa habitualmente en investigación genética, biológica y microbiológica. Afirma que los seres humanos han practicado la ganancia de función durante los últimos 2000 años, principalmente en plantas, ya que los agricultores siempre guardaban las semillas más grandes de las plantas más sanas para replantarlas el año siguiente; que la razón por la que podemos tener 7000 millones de personas en el planeta es básicamente gracias a la ingeniería genética directa o indirecta a través de la investigación de ganancia de función (Jacobsen, 2021b).

Según señala el autor de la nota en la revista del MIT, que citamos, este investigador habría afirmado ya en 2015, en un artículo denominado *El grupo de coronavirus de murciélagos similar al SARS muestra potencial para la emergencia humana*, alertando al mundo sobre un peligro inminente y el efecto secundario fue que reavivó las preocupaciones sobre los *experimentos de ganancia de función*. En el artículo, explicó las precauciones adicionales que había tomado y presentó la investigación como un caso de prueba:

La posibilidad de prepararse y mitigar futuros brotes debe sopesarse con el riesgo de crear patógenos más peligrosos. Los grupos científicos revisores pueden considerar que es demasiado arriesgado realizar estudios similares que construyen virus quiméricos³ basados en las cepas circulantes (*ivi*).

Históricamente, continúa Jacobsen, las vacunas atenuadas en virología se generaban mediante estudios de ganancia de función, que tomaban los patógenos de los virus humanos y los adaptaban para mejorar su crecimiento en el cultivo celular, lo que reducía su virulencia en el huésped humano natural. Por lo tanto, la ganancia de función se ha utilizado en virología y microbiología durante décadas como parte del método científico. Pero esa definición y propósito clásicos cambiaron en 2011 y 2012, cuando investigadores en Wisconsin (EE. UU.) y los Países Bajos recibieron para realizar una investigación de ganancia de función sobre la transmisibilidad de la gripe aviar. Los NIH (Institutos Nacionales de Salud), la FDA (Agencia de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos), los CDC

³ Un virus quimera se define por el Center for Veterinary Biologics como «un nuevo microorganismo híbrido creado por la unión de fragmentos de ácido nucleico pertenecientes a dos o más microorganismos diferentes, en donde al menos dos de los fragmentos contienen genes esenciales necesarios para replicación».

(Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de EE. UU.) y la OMS (Organización Mundial de la Salud) se reunían para identificar los puntos críticos y menos entendidos en la investigación de la gripe. ¿Qué información y conocimientos nos prepararían mejor para las futuras pandemias de gripe que surgen de los reservorios animales? La conclusión número uno fue que teníamos que comprender la genética y la biología de la aparición y transmisión de la gripe. (ivi).

Pero de otra parte se argumentaba que, fuese cual fuese la infraestructura de investigación (a los laboratorios de patógenos se les asigna una calificación de nivel de bioseguridad de 1 a 4, siendo 4 el nivel más alto), se cometen errores, incluso en las instalaciones de alto control. En consecuencia, los riesgos pueden superar los beneficios del experimento. Ambos lados de la distinción mostraban puntos de vista justificables.

Lo cierto parece ser que en el Instituto de Virología de Wuhan se han estudiado y generado virus derivados de murciélagos, a gran escala, con nivel de seguridad 2, y esa investigación fue financiada por EE. UU., «como parte de un esfuerzo mundial de observación viral encabezado por la organización sin ánimo de lucro EcoHealth Alliance de EE. UU., que tiene ingresos anuales de más de 13,4 millones de euros, más del 90 % de subvenciones gubernamentales, y tiene su oficina en Nueva York (EE. UU.)» (Jacobsen, 2021a).

El equipo chino en conjunción empezó a descubrir muchos virus estrechamente relacionados, tomando miles de muestras de guano, hisopos fecales y tejido de murciélago, y buscando en esas muestras las secuencias genéticas similares al SARS. A partir de una muestra fecal, se logró cultivar WIV1 en su laboratorio y demostrar que podía infectar directamente a las células humanas, concluyendo que estaban listos para saltar directamente de los murciélagos a los humanos, que ya acechaban en el mundo natural; Daszak y Shi⁴ argumentaron que, según ese hallazgo, los coronavirus de murciélagos representaban una ‘amenaza global sustancial’ (ivi). Los científicos tenían que encontrarlos y estudiarlos antes de que ellos encontraran a los humanos:

⁴ Responsables principales de *EcoHealth Alliance* y del *Instituto de Virología de Wuhan*, respectivamente.

Muchos de los otros virus no se pudieron cultivar, pero el sistema de Baric proporcionó una forma de probar rápidamente sus espigas introduciéndolas en virus similares. Cuando la quimera que creó usando SHC014 demostró ser capaz de infectar las células humanas, Daszak dijo a la prensa que estas revelaciones deberían “mover este virus de la categoría de posible patógeno emergente a peligro claro y presente” (Jacobsen, 2021).

Para otros, afirma Jacobsen, se trataba del ejemplo perfecto de los peligros innecesarios de la ciencia de la ganancia de función: «El único impacto de este trabajo es la creación, en un laboratorio, de un nuevo riesgo no natural» (Jacobsen, 2021a), dijo a *Nature* el microbiólogo de la Universidad de Rutgers (EE. UU.) Richard Ebright, que desde hacía mucho tiempo se mostraba crítico con este tipo de investigación.

Lo cierto es que las medidas de seguridad de los NIH de los Estados Unidos no se pusieron en marcha, y que, peor aún, a partir de 2017, se hicieron más permisivas.

Luhmann hace ya varias décadas afirmaba:

La razón por lo que la problemática del riesgo provoca tantas discusiones en nuestros días, por la que inclusive nuestra sociedad se considera una sociedad de riesgo, tiene que ver fundamentalmente con la velocidad del desarrollo tecnológico en esferas que son científicamente de la competencia de la física, la química y la biología (Luhmann, 1992, p. 127).

Es, dirá, la impresionante extensión de las posibilidades tecnológicas, la que ha contribuido a ganar la atención sobre los riesgos inherentes a las mismas (al tiempo de escribir esto, Luhmann estaba muy fresco el recuerdo de Chernobyl: el de las insuficientes medidas de seguridad soviéticas, y los efectos ‘globales’ de un ‘accidente local’):

La explicación que primero se nos podría ocurrir diría que aquí se han alcanzado órdenes en gran escala cuantitativamente nuevos, tanto en relación con las posibles utilidades, como con relación a posibles daños. También parecería que la relación de ventaja y posible daño se convirtiera en desventaja si se compara la utilidad de la máquina a vapor con el riesgo de explosiones ocasionales de las calderas, a pesar de la importancia que el siglo XIX concedió precisamente a tal tema (*ivi*, pp. 127-8).

Afirmaba Luhmann que, sin embargo, el aumento drástico de las interacciones y del número de víctimas, llevaba a preguntarse, en vista de los

avances en la tecnología producidos por el conocimiento científico, si se podía mantener el concepto de *técnica* con lo que se registraban estos fenómenos en el pasado (y se siguen registrando).

En los comienzos de la cultura europea, la técnica vino distinguida como aquello que se debía atribuir a los humanos, y no al cosmos, o a dios, lo que coincide con el momento de la modernidad temprana en que la naturaleza deja de ser un objeto de admiración religiosa y se torna un objeto ‘manipulable’. Sin embargo, dirá Luhmann, las relaciones entre técnica y naturaleza no terminarán de comprenderse bien, el pensamiento clásico se mantendrá, relativamente, en aquel esquema lo que lleva a considerar que las intromisiones en la naturaleza son ‘más riesgosas’ que la omisión de tales intromisiones. La técnica podría ser vista dice Luhmann como «[...] un aislamiento más o menos eficaz de las relaciones causales, con la consecuencia de que (1) el curso de las mismas es controlable; (2) los recursos pueden ser objeto de una planificación, y (3) los errores (inclusive el desgaste) son reconocibles y calculables» (*ivi*, p. 133), pero este concepto clásico sólo puede ser juzgado, si se considera ‘el otro lado de la forma’ (como sugeriría Spencer Brown), es decir el lado externo de la forma, frente al cual adquiere su sentido o perfil; esto es que si se pasa de la clásica problemática de la elección de medios para fines (que se puede ver como la de un fin para los medios existentes, y no al revés, la de medio no existentes para fines existentes) se podrá ver como la idea de *racionalidad intencional* pierde mucho de su significado, sea en el sentido descriptivo de Weber, o en el prescriptivo de Habermas.

Así la ‘forma’ de la técnica pierde su ‘racionalidad’ clásica, deja de ser técnica (valga el pleonasma), instrumental o estratégica (que fue el modelo específicamente europeo) para desplazarse hacia simplificaciones funcionales que enriquece con más y más complejidad, pero el modo de ‘control’ inicial fue absorbido por el sistema de la economía, simplemente como un problema de costos. Esto contenía un sinnúmero de problemas, por ejemplo no contemplar la acumulación gradual de los efectos debido a una inexactitud en la ‘mensura de las medidas’ o en un error ‘mínimo’ del material (algo que podría equipararse al ‘efecto mariposa’ de la teoría del caos), y aún peor (que evoca precisamente lo sucedido en Wuhan y de lo que podría suceder a partir de la pandemia y las medidas adoptadas frente a ella): «Otro

es el estado de cosas que resulta de la utilización masiva de técnicas siempre novedosas que no siempre se someten suficientemente a pruebas de interferencia con las causalidades ya existentes o que han sido recientemente introducidas. Puede ocurrir también que se presenten efectos de interferencia negativa repentinos (que casi siempre tienen consecuencias negativas)» (*ivi*, p. 134), lo que Ian Hacking denominaba ‘Culpable Ignorance of Interference Effects’.

El riesgo podría reducirse, dice Luhmann, con la introducción de ‘técnicas’, pero jamás podrán aislarse, o eliminarse, la improbable combinación de ‘casuales combinaciones causales’ que difícilmente puedan repetirse, «se presentan también en el caso de una utilización masiva e innovadora de técnicas relativamente sencillas, por ejemplo, en el terreno de los riesgos de combinación de distintos fármacos» (*ibid.*).

Los Derechos Humanos y la orientación del sistema mundo

Y frente a este mundo, sin un gobierno concertado, con gobernantes de facto, que pugnan en distintos sectores de la ‘balsa’ por orientarla en uno u otro sentido, en todo el mundo aparece el discurso de los derechos humanos como sustituto funcional de la seguridad perdida. De eso trata la invención del estado moderno, quien, como he dicho en otra parte, consigue el monopolio del ‘dominio del futuro’ y, como dijera Richelieu, la ciencia del gobierno es la ciencia de la previsión, ciencia que construye su propio futuro mediante la técnica del pronóstico.

En ese monopolio el discurso de los derechos juega un rol determinante. Se me dirá y admito, que todo discurso tiene, como las espadas, dos filos y ambos cortan. La pregunta se transforma entonces en qué herida produce este discurso. Adelanto que, desde mi perspectiva, por seguir con las imágenes ‘biológicas’ una es la de inhibir el sistema inmunitario a través de la presentación de un placebo, el de la falsa ‘seguridad’ del ‘remedio de los derechos humanos’, que, tal como hoy sucede, se presentan como ‘universales’ pero sólo funcionan, cuando funcionan, en modo doblemente ‘local’, local porque dependen de los estados nación, local porque al interior de esos estados funcionan ‘segmentaria e insuficientemente’ (lo que puede verse en el insuficiente desarrollo a nivel normativo y fáctico de los derechos adoptados en las Convenciones).

Se puede ver entonces por qué en muchos casos funcionan, como parte de la estrategia de ‘hacer amar al poder’, aún si conservan, al mismo tiempo, su potencialidad emancipatoria como hemos podido corroborar en la experiencia argentina pos-dictadura, por aquello que Carlos Cárcova llamaba la paradojalidad del derecho (Cárcova, 1988).

Ya en la primera mitad del siglo XX, Hans Kelsen, hacía ver que el derecho es acción procesal, que, si no existe una instancia de jurisdicción para reclamar por un pretendido derecho, este se vuelve, cuando menos, impracticable. No podemos reproducir aquí los innumerables debates sobre el concepto de derecho, que se han desarrollado en torno a este tema y para el que recomendaríamos la lectura de un texto imprescindible de Carlos Cárcova (2009) acerca de los mismos.

Pero, en el presente del mundo, tal como ha mostrado Luis Moreno Ocampo, conocido por su actuación como fiscal adjunto en el juicio a las Juntas Militares que asolaron la Argentina entre 1976 y 1983 y que fuese el primer Fiscal de la Corte Penal Internacional (entre 2003 y 2012), el discurso de los derechos tiene escasa apoyatura en el mundo actual, el mapamundi que muestra los países que se han sometido a la jurisdicción internacional permite observar hasta qué punto el discurso aparece como un simple eufemismo para ocultar la dinámica de una pandemia silenciosa, que tiene – por ejemplo – un número creciente de desplazados por las guerras, que superan los ochenta millones, un número que crece cada año; una pandemia que es continuamente denunciada en los informes de la ACNUR (la Agencia de las Naciones Unidas para Refugiados, que está interviniendo en 135 países del mundo), y que la obliga al absurdo de convocar a los ciudadanos del mundo a apoyarla a través de donaciones para ‘remediar’ los efectos de las crisis de desplazamiento que provocan los mismos estados que la han fundado (como también tiene que hacerlo UNICEF).

El ‘mapa’ del que habla Moreno Ocampo, es sólo el mapa de la jurisdicción penal internacional, que, con ser necesaria, es claramente insuficiente para procurar inmunizar a la sociedad mundo de los males que ella misma se infiere que es el rol de los Derechos Humanos según proponía Carlos Nino (1984), como pudo suceder frente a las pandemias del hambre, de los desplazamientos forzados o frente las que se pudieran provocar a partir de la ausencia de seguridad suficiente en las

investigaciones de ‘ganancia de función’, cuando los científicos coinciden en que los estándares laxos de bioseguridad y la ausencia de una evaluación completa de riesgo-beneficio en todo el mundo son vulnerabilidades no consideradas actualmente y que si bien no se puede atribuir el origen de la actual pandemia a ello, lo cierto es que una próxima podrá tener ese origen. En suma, que la técnica de *ganancia de función*, como tantas otras, no es sometida a control alguno, y si lo es, lo es por agencias que no representan, siquiera mínimamente, a habitantes del mundo, emergen apenas como exámenes ‘locales’ entre agencias ‘especializadas’ que, a su vez, tampoco tienen control alguno.

El mundo que emergió de Westfalia, aún permanece en su lógica compartimentada, e ‘ignorante’, no sabe que no sabe y el discurso de los derechos universales que está en su origen, en tanto se omite el dato de que no hay instituciones que los garanticen, que no hay derecho cuando no hay jurisdicción, sólo sirve para tranquilizar y hacer amar a un poder que, estructurado como está, fraccionado como está, sólo garantiza que las organizaciones que sí se han globalizado, sigan actuando como el imperio y la iglesia medieval, es decir como agencias incontrolables.

Una democracia del mundo debe ser pensada, desde otra episteme, desde otra construcción, antes de que nuevos virus quimera, en los muchos sentidos, literales y metafóricos de la expresión, elimine a la Humanidad, tal como el viejo vaticinio de Nietzsche preanunciaba, sin que esto signifique afirmar, ni mucho menos, que el futuro podrá controlarse conforme confiaba la racionalidad moderna.

Bibliografía

- Agamben G. (2020a). Contagio, en *Quodlibet.it*, 11/03/2020, revisado el 15/11/2021 (<https://www.quodlibet.it/giorgio-agamben-contagio>).
- Id. (2020b). Chiarimenti, en *Quodlibet.it*, 17/03/2020, revisado el 15/11/2021 (<https://www.quodlibet.it/giorgio-agamben-chiarimenti>).
- Borges J. (2007). *Obras Completas II*, Buenos Aires: Emecé.
- Cárcova C. (1988). *La opacidad del derecho*, Madrid: Trotta.
- Id. (2009). *Las Teorías Jurídicas Post Positivistas*, Buenos Aires: Abeledo Perrot.
- De Giorgi R. (2021). El futuro del derecho. Democracia, globalización y riesgo, en J.E. Douglas Price, L.F. Vergara Hilda y E. Zornosa Prieto (eds.),

Derecho y política en la deconstrucción de la complejidad. Estudios sobre el presente como diferencia, Bogotá: Universidad Externado.

Jacobsen R. (2021a). China usó técnicas de EE. UU. para crear coronavirus de forma insegura, *MIT Technology Review*, 06/07/2021, revisado el 15/11/2021 (<https://www.technologyreview.es/s/13527/china-uso-tecnicas-de-eeuu-para-crear-coronavirus-de-forma-insegura>).

Id. (2021b). El SARS-CoV-2 es tan complejo que es ridículo creer que fue diseñado, *MIT Technology Review*, 06/08/2021, revisado el 15/11/2021 (<https://www.technologyreview.es/s/13571/el-sars-cov-2-es-tan-complejo-que-es-ridiculo-creer-que-fue-disenado>).

Legendre P. (1979). *El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático*, Barcelona: Anagrama.

Luhmann N. (1992) [1991]. *Sociedad del Riesgo*. Guadalajara: Universidad Iberoamericana - Universidad de Guadalajara.

Nino C. (1984). *Ética y Derechos Humanos*, Buenos Aires: Hachette.